

LA PERTINACIA, RASGO CARACTERISTICO DE LA HEREJIA, EN LOS PRIMEROS SIGLOS DE LA IGLESIA

Un perfil acentuado de mala fe, endurecido y como fosilizado en la contumacia, es lo que caracteriza a la herejía. La obstinación en sus afirmaciones, a pesar de ver que éstas chocan con las decisiones de la Iglesia, es el rasgo saliente que la teología señala como típico en el hereje. Las corrientes jurídico-teológicas medievales confluían, de acuerdo en este punto, en la Escolástica del siglo XVI (1).

Pero la doctrina es más antigua. Esa idea se concrecionaba ya entre los primeros Padres de la Iglesia. Más tarde la resonancia que en el orden jurídico y aun dogmático tuvo el *Decreto* de Graciano (2), difundió y fijó en la concepción jurídico-teológica estas nociones patrísticas. La nota de la contumacia conserva allí su particular relieve (3). Vamos a ras-
trear brevemente el curso de esta concepción heresiológica en los Pa-
dres.

I

Según el punto de vista desde el cual la consideran, los Padres obser-
van diversos aspectos en la herejía, como los siniestros cambiantes de un
reptil.

Así, es hija de la soberbia, y de una vana pretensión del propio valer:

«No quieren volver a la verdad, como avergonzados de renunciar a la pri-
macía de su amor propio... Más prontos a aceptar lo que les parece evidente
que lo afirmado por el Señor... La herejía no tiene oídos sino para lo que le
agrada...» (4).

(1) En SUÁREZ, *De Fide*, disp. XIX, sect. III, 7, 8, 9, ed. Berton, París, 1858, t. XII, p. 472-473, puede verse el sentir de toda la escuela, juntamente con las referencias a los principales representantes de la antigüedad.

(2) Cf. J. DE GHELLINCK, *Le mouvement théologique du XII^e siècle*, París, 1914, p. 306-310.

(3) Cf. cc. 29,31 C XXIV q. 3; ed. Ae. Friedberg, parte 1.^a, Leipzig, 1879, col. 998.

(4) CLEMENTE DE ALEJANDRÍA, *Strom.* I, 7, c. 16, *MG* 9, 533 y 536; O. STÄHLIN en *Griechischen christlichen Schriftsteller*, CLEM. ALEX. 3, 68 y 69.

La causticidad de Tertuliano no había de perdonar esta flaqueza a los herejes:

«Omnes tument—dīce—omnes scientiam pollicentur» (5).

Se hastían de lo antiguo (6); abandonan la enseñanza de la Iglesia, achacándola a impericia de los prepósitos (7); arrebatados del vértigo de la independencia, víctimas de una hinchazón desmedida, desvían los oráculos de la revelación (8); olvidanse de la desproporción que existe entre el ser infinito y la inteligencia creada, y tratan de sondear temerariamente el abismo de la divinidad con el menguado entendimiento humano (9).

El primero entre los Padres que, a nuestro modo de ver, apunta la pertinacia como característica de la herejía, es el patriarca de los heresiólogos, S. Ireneo:

«Et omnes isti—dice hablando de los cuatro Evangelistas—unum Deum factorem caeli et terrae, a lege et prophetis annuntiatum, et unum Christum Filium Dei tradiderunt nobis: quibus si quis non assentit, spernit quidem participes domini, spernit autem et ipsum Christum Dominum, spernit vero, et Patrem, et est a semetipso damnatus, resistens et repugnans saluti suae: quod faciunt omnes haeretici» (10).

(5) *De Praescriptione haereticorum*, XLI, 4; G. RAUSCHEN.—J. MARTIN, (*Flor. Patristicum*, IV,) Bona 1930, p. 38.

(6) SAN BASILIO, *De Spiritu Sancto*, c. VII, *MG*, 32, 93 D.

(7) «Qui ergo relinquunt praekonium Ecclesiae, imperitiam sanctorum presbyterorum arguunt... Tales sunt omnes haeretici, et qui se plus aliquid praeter veritatem invenire putant», IRENEO, *Adv. haereses*, V, 20, 2; ed. A. Stieren, t. I, Leipzig, 1853, p. 771.

(8) «Con la ociosidad de su mente se han hecho aptos para recibir estas tradiciones: de las cuales nace una hinchazón desmedida ἀμπλας τῶφως, y mucha malicia. Cegados por el odio, desvían los testimonios de los profetas, las enseñanzas de los apóstoles, los preceptos de los padres, y aun las mismas sentencias del Señor», S. Atanasio, *Contra Apollinar*, 1, *MG*, 26, 1093 B.

(9) «Ea est enim materia sapientiae saecularis, temeraria interpret divinae naturae et dispositionis», Tertuliano, *De Praescriptione*, VII, 2; ed. RAUSCHEN-MARTIN, p. 11, 14. Véanse otros muchos aspectos de la herejía en la literatura patristica, cuidadosamente recogidos en H. KLEE, *Manuel de l'Histoire des dogmes chrétiens*, París, 1848, t. I, c. VII, p. 162-168; A. SEITZ, *Die Heilsnotwendigkeit der Kirche nach der altchristlichen Literatur bis zur Zeit des Augustinus*, Friburgo de Br. 1903, p. 93-99.

(10) *Adv. haer.*, III, 1, 2, *MG*, 7, 845-846; ed. A. Stieren, t. I, Leipzig 1848, p. 424.

Ese desprecio, morosamente recalcado, de los herejes contra los emisarios del Señor, contra el mismo Cristo, y hasta contra el Padre, aun a sabiendas de que echan sobre sí su propia condenación, resistiendo y recalcitando contra su salvación eterna, tiene todos los síntomas de la contumacia.

El concepto se afirma y se precisa a lo largo de la tradición patristica. S. Cipriano se congratula con Cornelio y da gracias a Dios por la protección que dispensa a la Iglesia no permitiendo «se vicié con la obstinación de la perversidad herética» (11).

S. Atanasio se indigna contra los arrianos, infatigables en llevar adelante su impiedad, aunque cambien a cada paso de sentencia, «como los camaleones de color» (12).

Es la pertinacia impenitente que censuraba un Anónimo también en los días del arrianismo:

«*Exiit Cain a facie Domini. Sic exeunt etiam nunc a facie Domini cuncti pertinaces atque impaenitentes... Omnes qui ab eo (diabolo) in errorem ducuntur atque seducuntur*» (13).

Eusebio de Cesarea, comentando el Salmo 5, v. 6. 7, «Odisti, Domine, omnes qui operantur iniquitatem etc.», ve envueltos en este odio divino «a los que ahora obran la iniquidad, como que perseveran en la maldad, los ateos y herejes» (14).

Están desahuciados—dice S. Efrén, diagnosticando a Marción—por rechazar la mano benéfica del cirujano (15).

(11) «Et egisse nos et agere, frater carissime, maximas gratias sine cessatione profitemur Deo patri omnipotenti et Christo eius Domino et Deo nostro salutari, quod sic ecclesia divinitus protegatur ut unitas eius et sanctitas non iugiter nec in totum perfidiae et haereticae pravitatis obstinatione vitietur», *Epist. LI*, 1; G. HARTEL, *Corpus Scriptorum Ecclesiasticorum Latinorum* (CSEL), 3, 614.

(12) *De Decretis Nicaenae Synodi*, I, MG, 25, 416 B.

(13) *In Iob*, I, II, entre las obras de Orígenes, MG, 17, 465-466.

(14) *Comm. in psalm.*, MG, 23, 116 D—117 A; J. B. Card. Pitra, *Analecta Sacra*, t. III, Venecia, 1883, p. 377-378.

(15) «Hic Marcioni exoptare liceat poenam maledicis a Domino denunciatam, ex quo Creatori suo obrectare ausus est, impie garriens, curationem ad fugandum maledicentiae morbum inventam, sibi praeter ius fasque adhibitam fuisse; et quoniam Chirurgum repulit, ex eo languore nunquam convaluit, plagam quam acceperat secum abstulit moriens, imo ad posterum transmisit», *Adversus haereses, Sermo 51, Sancti Ephraem Syri Opera Omnia*, ad codices mss. Vaticanos, Venecia, 1756, II, 471.

Descarriados de la verdad, desertores de la fe que juraron, su sino es despreciar el regazo materno de la Iglesia que les dió el ser (16).

En la pertinacia herética, dice con profundo análisis psicológico S. Hilario de Poitiers, haciendo la autopsia del alma arriana, y en ella la de todo hereje, el capricho sucede a la razón; búscanse argumentos para probar lo que se ha aceptado ya previamente por la voluntad; extinguida la luz serena de la mente, todo lo invaden las turbias llamaradas de la pasión:

«Immoderata enim est omnis susceptarum voluntatum pertinacia: et inflexo motu adversandi studium persistit, ubi non rationi voluntas subicitur, nec studium doctrinae impenditur, sed his quae volumus rationem conquerimus, et his quae studemus doctrinam coaptamus... non iam veri manebit ratio sed placiti...» (17).

Tampoco el Lirinense, en la exuberancia de epítetos de su frondosa retórica, con que fustiga a los herejes (*veneno, pestilencia, contagio, novedad vitanda, herética malicia, temeridad, desvergüenza, astucia, locura, necedad, perfidia, ceguedad, impiedad, garrulería, químera*, etc., etc.), se le pasó por alto señalar ese rasgo característico.

Nota la audacia inconcebible del que confiando en sí solo se alza contra el sentir de la Iglesia (18); censura la presunción temeraria de Orígenes (19), y principalmente la dureza inveterada y pertinacia diamantina de los herejes en general:

«Et post haec inveniuntur aliqui tanta inveteratae frontis duritia, tanta impudentiae incude, tanto adamante pertinaciae, qui tantis eloquiorum caelestium molibus non succumbant, tantis ponderibus non fatiscant, tantis malleis non conquassentur, tantis postremo fulminibus non conterantur» (20).

Pero, como se ve, en ninguno de los testimonios aducidos se enfoca con estudio reflejo el concepto de pertinacia herética; afirmase solamente, y se roza, más de soslayo que con atención consagrada.

(16) «Haeretici vero veritatis exules, sani et verissimi symboli desertores, de sinu sanctae ecclesiae impiis sensibus depravati, contempto, quod bene fuerant geniti...», OPTATO MILEVITANO, *De schismate Donatistarum libri VII*, 1, 12, *ML*, 11,906; C. ZIWSA, *CSEL* 26 14

(17) *De Trinitate*, I. 10, 1, *ML*, 10, 344 D.

(18) *Commonitorium*, IX, 6, *ML*, 50, 649; G. RAUSCHEN, *Florilegium patristicum*. fasc. V. Bona, 1906, p. 24.

(19) XVII, 14, *Ib.* col. 663; RAUSCHEN, p. 41.

(20) *Ib.* XXI, 4, col. 66t; RAUSCHEN, p. 46.

Para ello hay que llegar a S. Agustín. Entre el mundo de ideas que abarcó el inmenso campo visual de su ingenio, tiene su puesto fijo, de pasada es verdad, pero con estudio propio, el concepto que historiamos.

La noción de herejía en S. Agustín es un capítulo de la historia de los dogmas, que remunera con largueza las fatigas del investigador, como sucede con cualquier punto de los que atesora aquella mina riquísima (21).

No todo error es herejía,—escribe el Doctor de Hipona al diácono cartaginés Quodvultdeus, en el tratado *De Haeresibus*, que a petición suya comenzó a redactar—si bien en la base de toda herejía está el error (22).

Trazo característico de la herejía es, precisa en otro lugar, anteponer el juicio propio a la autoridad inmovible de la Iglesia: esta temeridad es la divisa de todos los herejes:

«Conantur ergo auctoritatem stabilissimam fundatissimae ecclesiae quas rationis nomine et pollicitatione superare. Omnium enim haereticorum quasi regularis est ista temeritas» (23).

Temeridad de insurrecto, que endurecida al apasionado ardor de la contumacia, se perfila en el dibujo de esta descripción:

«Qui ergo in Ecclesia Christi morbidum aliquid pravumque sapiunt, si correpti ut sanum rectumque sapiant, resistunt contumaciter suaque pestifera et mortifera dogmata emendare nolunt, sed efensare persistunt, haeretici fiunt, et foras exeuntes habentur in exercentibus inimicis» (24).

Tanto que no hay herejía sin pertinacia; es doctrina corriente en sus obras. Con ella acalla, en 419, los temores que podían asaltar a Vicente Víctor, por los errores que se habían deslizado en su libro *De origine animae*. La docilidad del ánimo es un manto de catolicidad que cubre las ignorancias no católicas (25). Y es teoría que se formula netamente en

(21) Lo ha escrito de mano maestra y con muy abundante documentación el P. JOSÉ DE GUIBERT, *La notion d'hérésie dans saint Augustin*, *Bulletin de Littérature ecclésiastique*, nov.-dec., 1920, p. 368-382.

(22) «Non omnis error haeresis est, quamvis omnis haeresis, quae in vitio ponitur, nisi errore aliquo haeresis esse non possit», *De haeresibus*, Preámbulo, *ML* 42, 23.

(23) *Epist.* 118, n. 32; *ML*, 33, 448; AL. GOLDBACHER, *CSEL* 34, 696.

(24) *De civitate Dei*, 18, cap. 51, *ML*, 41, 613; E. HOFFMANN, *CSEL* 40, 351-352.

(25) «Absit autem ut te arbitreris haec opinando, a fide catholica reces-
sisse, quamvis ea fidei sint adversa catholicae, si coram Deo, cuius in nul-

sus cartas: donde no hay animosidad pertinaz, sino solitud sincera de orientarse hacia lo verdadero, el extravío no es herejía:

«Qui sententiam suam, quamvis falsam atque perversam, nulla pertinaci animositate defendunt, praesertim quam non faudacia praesumptionis suae pepererunt, sed a seductis atque in errorem lapsis parentibus acceperunt, quaerunt autem cauta sollicitudine veritatem, corrigi parati cum invenerint, nequaquam sunt inter haereticos deputandi» (26).

Ni le arredran las consecuencias, que extiende a casos prácticos. Finje el de uno que se bautiza en la Iglesia católica, pero cree de buena fe la opinión de Fotino sobre Cristo, teniéndola por católica:

«Istum nondum haereticum dico—dice el Santo Doctor—nisi manifestata sibi doctrina catholicae fidei resistere maluerit et illud quod tenebat elegerit» (27).

Por el contrario, tan corrosivo es el veneno de la contumacia, que a la simple disensión de sentencias que es el cisma (28) con la sola diuturnidad la convierte en herejía. Es el crimen que echa en cara a los donatistas, escribiendo al obispo de Cesarea, Emérito (29).

El secreto de esta transformación está en la concepción característica

lius corde oculus fallitur, veraciter te dixisse respicis «non te tibi ipsi esse credulum probari ea quae dixeris posse; ac studere te semper etiam propriam sententiam non tueri, si improbabilis detegatur, eo quod sit tibi cordi, proprio damnato iudicio, meliora magis et quae sint veriora sectari. Iste quippe animus, etiam in dictis per ignoratiam non catholicis, ipsa est correctionis praemeditatione ac praeparatione catholicus», *De anima et eius origine*; 3, c. 15, n. 23; *ML*, 44, 523-524.

(26) *Epist.* XLIII, 1; *ML*, 33, 160; AL. GOLDBACHER, CSEL 34, 85.

(27) *De baptismo*, 1. IV, n. 23; *ML* 43, 169; M. PETSCHENIG, CSEL 51, 249.

(28) «... inter schisma et haeresim magis eam distinctionem adprobem, qua dicitur schisma esse recens congregationis ex aliqua sententiarum diversitate dissensio—neque enim et schisma fieri potest, nisi diversum aliquid sequantur qui faciunt—, haeresis autem schisma inveteratum...», *Contra Cresconium*, II, 9; *ML*, 43, 471; M. PETSCHENIG, CSEL 52, 367.

(29) «... Schismatis crimen, quam etiam haeresim male perseverando fecistis», *Epist.* 87, n. 4; *ML*, 33, 298; AL. GOLDBACHER, CSEL 34, 400; cf. S. JERÓNIMO, *In Tit.* 3, 11, *ML*, 26, 633. Lo mismo dice de los Luciferianos: «Ideo tamen sunt haeretici, quia dissensionem suam pertinaci animositate firmanunt», *De haeresibus*, n. 81, *ML*, 42, 45; y de los donatistas otra vez: «...Schisma fecerunt... sed... pertinaci dissensione firmata, in haeresin schisma vertunt», *Ib.* n. 69, col. 43.

que tenía el obispo de Hipona de la herejía: «Pour Augustin—dice muy acertadamente el P. de Guibert—l'élément essentiel, le centre de cristallisation, de la notion d'hérésie n'est pas le même que pour nous. Pour nous c'est l'élément intellectuel d'erreur pleine et volontaire en matière de foi, erreur entraînant comme conséquence la rupture de l'unité et l'impossibilité de continuer à faire partie du corps visible de l'Eglise. Pour Augustin l'élément fondamental paraît être le fait de constituer en face de l'Eglise légitime, un groupement distinct, individualisé, irréductible à l'unité visible de la *Catholica*: cette irréductibilité pourra provenir ou de l'erreur ou du simple entêtement dans des oppositions de personnes ou de pratiques, elle suffira dès qu'elle sera absolue, à constituer une hérésie. De là les schismes qui deviennent hérésies avec le temps...» (30).

II

Salte pues el hereje de la presencia de S. Agustín definitivamente estigmatizado con la marca de pertinaz. Ese cauterio no se le borrará jamás en toda la tradición.

Pero quien más ampliamente la discute en la antigüedad, aunque con miras interesadas, razonando sus fundamentos psicológicos e históricos, enfocando directamente a ella todo el raudal de su erudición, explotándola como argumento para los fines de su obra, fué Facundo de Hermiana.

No carece de interés exponer la insistencia con que señala este carácter de la herejía, aunque sus testimonios pierdan mucho de su valor por la viciosa aplicación que de ellos hace en defensa de sus clientes.

Contiéñense en su grande obra *Pro defensione trium capitulorum*. Más que el título, las primeras palabras con que se abren sus páginas «In praeiudicium sancti Concilii Chalcedonensis, etc.» (31) indican el blanco a que toda ella se endereza. Es una apología apasionada del Concilio de Calcedonia, cuya autoridad creía ver él en peligro, si se condenaban los

(30) *La notion d'hérésie chez Saint Augustin, Bulletin de Littérature ecclésiastique*, nov.-dec., 1920, p. 382.

(31) «Cum in praeiudicium sancti Concilii Chalcedonensis impugnatores eius Acephali per quosdam subríperent... etc.», *Pro defensione...* Praefatio, *ML* 67, 527 B. En adelante los números que acompañan en las referencias al título *Pro defensione*, indican el libro, el capítulo y la columna correspondiente en *ML*, vol. 67.

Tres Capítulos. Y a conjurar ese fantasma consagró su saber nada común: su nombre suena hoy como el del jefe de la oposición occidental a la intromisión de los orientales en aquella causa.

Grande es el arsenal de argumentación de que hace gala en su libro. De entre toda ella, y prescindiendo del fondo sobre que versaba la controversia, en el cual no se puede conceder al espíritu apasionado de Facundo la serenidad debida para una justa apreciación de los hechos (32), vamos a desgajar aquí su concepción de la pertinacia como característica de la herejía: los personajes acusados en la controversia de los Tres Capítulos no fueron contumaces en su error, por lo mismo no deben ser condenados por herejes. En servicio de esta argumentación desarrolla con relativa amplitud su teoría sobre la pertinacia herética; teoría un tanto interesada según su intento, pero exacta, y, fuera de alguna extremosidad en sus aplicaciones, debidamente ponderada.

En el fondo es la misma de S. Agustín, a quien Facundo sigue en éste, como en mil otros pasajes de sus obras. Buen preludio de la inmensa clientela que en los siglos medios había de contar el obispo de Hipona.

La idea penetra el razonamiento y aun sale a la superficie en diversos pasajes de la obra. Pero donde ocupa el primer término del cuadro, y llena por sí sola un amplio capítulo es en el libro XII (33).

No es que me proponga *ex-professo*—dice el Obispo de Hermiana—precisar qué es lo que constituye el hereje. Sólo pretendo hacer ver que la sola ignorancia de algunas verdades católicas, cuando va acompañada de la docilidad cristiana, no ha de inculparse a nadie como crimen de herejía:

«Non autem me quisquam illud in praesenti libro putet aggressum, ut definiam quid sit quod haereticum faciat: quia hoc tantum monstrare proposui, quod quidem iam in superioribus acceptabili, sicut aestimo, ratione monstravi, neminem pro talium quaestionum ignorantia, in Ecclesia viventem, sive defunctum, qui se docilem Christianae doctrinae praebet aut praebuit, haereticum debere iudicari» (34).

(32) Véase el mismo juicio sobre idéntica disposición de ánimo en Pelagio diácono, expresado por R. Devreesse en su estudio introductorio, *Pelagii diaconi Ecclesiae Romanae In defensione trium capitulorum* en *Studi e Testi* 57, Ciudad del Vaticano, 1932, Introduction XX-XXI.

(33) *Pro defensione*, XII, 1, 823-833.

(34) *Pro def.*, XII, 1, 825 A.

Cabalmente la Iglesia es una escuela, y a la escuela se acude para aprender lo que se ignora. Y, esto supuesto, ¿qué católico quedará en pie si se tilda de hereje a quien algo ignora y tiene que aprender? Y no venga nadie diciendo que ya nada le queda por aprender; que, por lo menos, hubo un tiempo en que algo ignoraba, y así no escapará a la nota presente o pasada de hereje.

«Atque ita colligitur ut nullus inveniatur in Ecclesia Christi qui non aut esse aut fuisse perhibeatur haereticus: at hoc dicere vel putare cum impiissimum, tum etiam nimis absurdum est» (35).

Habría que empañar la memoria de los primeros cristianos que aprendían a los pies de los Apóstoles, de los discípulos del Maestro que le seguían por Palestina ávidos de sus enseñanzas,⁸ de los mismos Apóstoles que en algún tiempo fueron imperfectos en la fe. ¿Y quién pasa por semejantes consecuencias? (36).

Luego no es la ignorancia dócil, sino la obstinada defensa de la falsedad la que hace al hereje:

«Scire igitur debemus quod haereticum non faciat ignorantia quae doctrinae veritatis contumax non est, sed potius obstinata defensio falsitatis» (37).

Y aquí intercala un análisis penetrante de la recta disposición subjetiva del hijo de la Iglesia, rudo e imperfecto en el sentido de la fe, pero devotamente dócil y obediente sin reservas al magisterio eclesiástico. La fina psicología del obispo africano discierne adecuadamente de la rebelde insurrección herética, lo que solamente es un error involuntario en quien desea ser corregido. Y al describir con elogio la fe ingénua y confiada de los sencillos en creer globalmente cuanto la Iglesia enseña, preludia y justifica la teoría bien entendida de *la fe del carbonero*:

«... Cur haeresis crimini deputetur, si quisquam in Ecclesia pietate praeditus, obedientiae devotus, subiectus et habilis ad discendum, aliter de illa senserit, quod reprehensum corrigere sit paratus? Quocirca omnes qui in discipulatu sunt veritatis, et semetipsos rationi dociles et subiectos actoritati Ecclesiae, si aliter sapiant de his quorum fide mundantur, vel propter incapacem suam intelligentiam, vel minus rem animadvertendo quam opus est, impie procul dubio tamquam haereticos execrantur. Qui enim statuit in corde suo firmus hoc credere, quod in talibus doctrina et fides habet Ecclesiae, quamvis non perfecte omnia de hisdem sapiat vel loquatur; quia tamen scientiae suae non confidit, et multa in quibus errat aut dubitat, ab Ecclesia recte teneri non

(35) *Ib.* B.

(36) *Pro def.* XII, 1, 825 D-828 C.

(37) *Ib.*

dubitat, ubi positus velut in schola veritatis pium habet discendi propositum; non est dicendus inimicus ipsius veritatis, quod est haereticus, sed perficiendus potius discipulus» (38).

El que así está dispuesto, más cree a lo que la Iglesia rectamente afirma, que a lo que su falso error torcidamente formula e interpreta. Y como no presume de tener las llaves de la ciencia en sus asertos, ni de decir la última palabra en interpretación de las Escrituras, no le cuesta trabajo después renunciar a su propio parecer, cuando ve que es otro el sentir de la universal Iglesia.

«Imperfectus iste profecto nihil sui cordis adinventionem confictum propria quadam auctoritate docere praesumit, sicut quidam haeretici, neque talia docentes sequitur; sed auctoritati divinarum litterarum innititur, atque ubi earum intelligentiam non fuerit assecutus (in multis siquidem pro illarum magna profunditate, humanus caligat aspectus) cognoscens quod inde statuerit universalis Ecclesia, errori suo pia cordis humilitate renuntiat, quia nunquam sibi ne aliter saperet interdixit» (39).

A los tales los salva su fe en la Iglesia y la confianza en la observancia de su unidad. Más que ir ellos por su propio pie, diríase que son llevados en brazos por su madre, a cuya fe rectísima se confían. No llegan, es verdad, al conocimiento acabado de la sabiduría, privilegio de los más perfectos; más aún, dentro del orden de la fe, se ven por sus imperfecciones retrasados. Pero a nadie van en zaga en punto a guardar la unidad de la Iglesia.

«Sicut ergo sunt perfectiores quidam, qui magno sapientiae dono praevalent mente contemplari, quae tantummodo creduntur ab aliis in vita perfectis, ita multi sunt imperfecti in Ecclesia Christi, et tamen in servanda eius unitate perfecti, qui cum per ignorantiam suam in plurimis errent, in nullo tamen errore credunt Ecclesiam cuius se confidunt unitate salvari» (40).

«Illi ergo excellentiore gradu intelligentiae praediti, ipsam rem cuius in futurum revelatio plena servatur, quantum in hac vita concessum est evaluerunt attingere. Illi etiam fide tantummodo perfecti ad eum propius accesserunt. Isti vero inferiores, quos tertio gradu posuimus, quamquam per aliquod longius intervallum, ad idem tamen aspiciunt, et illuc habent veniendi propositum» (41).

Entre la dócil maleabilidad de éstos y la dureza inquebrantable de los herejes media un abismo. En aquéllos no hay mas que ignorancia, fácil-

(38) *Ib.* XII, 1, 828 D-829 A.

(39) *Pro def.*, XII, 1, 829 A.

(40) *Ib.* B.

(41) *Ib.* 829 D-830 A.

mente disculpable en quienes nunca fueron suficientemente amonestados por la corrección; profieren con ingenua simplicidad su sentir sin que ni por asomos pretendan con él pervertir a los incautos:

«Sed ignorantes in eo discernimus a dolosis, quia nec probantur aliquando sufficienter correpti pro his quae minus intelligunt, nec suis rationibus occultis corrumpunt facilius mentes, sed libere solent et simpliciter aperire quid sentiunt (42).

En los otros, en cambio, impera la impaciencia y la rebeldía a toda autoridad, que los hace más prontos a escandalizarse y a romper la unidad del cuerpo de la Iglesia, que a doblregar sus mentes y aprender.

«Ecce est ille spiritus rationi impatiens, et auctoritati contumax quo aguntur haeretici, qui scandalizari et separare semetipsos magis sunt prompti quam discere» (43).

Por eso los santos Padres no lanzaban sus anatemas a los doctores que, a pesar de algunos errores, se esforzaban por perseverar siempre fieles en el regazo de la Iglesia; sino a los presuntuosos, en quienes no hacían mella las repetidas amonestaciones, ni el canon de la verdad, aunque viniera intimado por la autoridad de un sínodo:

«Ob hoc igitur sancti Patres, quorum apostolicam regulam videntur quidam male transgressi, non his Ecclesiae doctoribus condemnationem statuerunt, qui pacem eius ad finem usque servantes, in quibusdam forsitan fidei Christianae erraverunt; sed illis qui post unam et secundam correptionem, manifesta etiam regula veritatis, per synodum paterna constituta servantem, aliud credere ac docere praesumerent» (44).

La obstinación endurecida y procax, hija de la soberbia y de la vana estimación del juicio propio, la que triunfa resistiendo a sabiendas a la sagrada Escritura, esa es la que caracteriza a la herejía (45).

(42) *Ib.* XII, 1, 830 B.

(43) *Ib.*

(44) *Ib.* 831 D.

(45) «Ad hanc obstinationem pertinere dicimus, imo principatum in ea tenere firmamus, illas etiam doctrinas quas quidam non quasi minus intelligendo scripturas divinas, sed eis aperte resistendo, sola praesumptione spiritus condiderunt, sicut Manichaeus atque Origenes et ceteri qui non ut alii sequentes eorum intentionem, in abstrusis quaestionibus erraverunt, sed semper illas elati melius se crediderunt vel sapere vel dicere. Nam si obstinatus ille dicendus est qui non credit Ecclesiae constitutis earumdem Scripturarum auctoritate firmatis, quanto deterioris obstinationis dicendus est qui ipsis divinis Scripturis dedignans acquiescere, inviolabili earum plenitudini aut abrogat veritatem, aut aliquid deesse putat quod propria debeat adinventione supplementum», *Pro def.*, XII 1, 825 D.

Que si el solo error fuera reato de herejía, ¡buenos estuviéramos todos los que, en frase del Apóstol, tropezamos a cada paso! Y aquí el Obispo de Hermiana termina con una fórmula de corte latino netamente agustiniano: no el simple tropiezo, sino la pertinaz defensa del tropiezo es lo que constituye al hereje:

«Cum ergo omnes offendamus in multis, cur non omnes sumus haeretici, nisi quia non offensio, sed pertinax offensionis defensio facit haereticum?» (46).

«Haereticum enim non humanae infirmitatis ignorantia, sed pervicacia facit» (47).

En conclusión: en vano se buscaría entre los Padres la definición precisa del hereje que cristalizó en la concepción teológico-jurídica de la Edad Media. Pero lo típico en su perversa disposición subjetiva, la pertinacia en el resistir al magisterio eclesiástico, se apunta en Ireneo, y va pronunciándose en la tradición patristica hasta recibir en Agustín su imponente definitiva.

Facundo de Hermiana no se propuso trazar el retrato del hereje; pero para su intento inmediato de librar de la nota de herejía a los tres personajes acusados en la controversia de los Tres—Capítulos, el rasgo característico de la herejía afirmado en la tradición le brindó un argumento poderoso: no hay herejía donde no hay resistencia consciente a la verdad. Y esto es lo que expone en el último libro de su obra.

«Non igitur haeresis dicenda est, nisi contradictio superbiorum pervicax, quae sibi ne aliud sapiat interdicat, et admonita contemnit acquiescere veritati. Illa magis contumaciter ab Ecclesia separari deligit, vel in ea dolose latere, quam pravam mutare sententiam» (48).

JOSÉ MADOZ.

Château de Marneffe (Bélgica).

(46) *Pro def.*, X, 2, 773 B.

(47) *Contra Mocianum*, ML, 67, col. 865 A.

(48) *Pro def.*, XII, 1, 830 B.